



Crítica filosófica y estilo literario

J. M. Coetzee: los imaginarios de la resistencia. (2017)
Pablo Lazo Briones
Ciudad de México: Akal. 272 pp.

José Sánchez Carbó¹

En *Los imaginarios de la resistencia* (2017), Pablo Lazo aborda un tema poco atendido en la literatura desde un enfoque filosófico como las representaciones de las formas de resistencia frente a los abusos del poder. Su propuesta se ubica entre la crítica literaria, la crítica de la cultura y la crítica filosófica de ahí que resulte intersticial y constituya, a su vez, una ampliación de los presupuestos teóricos con los que había trabajado anteriormente en *La frágil frontera de las palabras* (2006), tales como las relaciones, las diferencias y la complementariedad entre los discursos de la literatura y la filosofía.

En *Los imaginarios de la resistencia* elabora una lectura ecléctica filosófica de la narrativa del escritor sudafricano John Maxwell Coetzee, aunque guiada principalmente por los aportes del posestructuralismo, el deconstruccionismo, la hermenéutica y la teoría crítica. Tal heterodoxia lo lleva a sugerirle al lector purista, en las primeras páginas, que puede abandonar la lectura. Lejos de sentirme aludido por tal recomendación, me pareció un libro por demás sugerente ya que, en última instancia invita a plantearnos la pregunta sobre las posiciones que ocupan la literatura y la filosofía, “frente a las demandas de acción del mundo social y político” (p. 20) de la época actual.

En este sentido, cabe advertir que durante poco más de un siglo las tendencias estéticas del arte y la literatura delineadas en el siglo XIX francés ayudaban a orientar a los escritores, a los lectores y a la crítica. Desde entonces hasta hace unas pocas décadas era posible guiarse por las estéticas del arte por el arte, el arte comprometido y el arte burgués o comercial. No obstante, a partir de los noventa esas tendencias fueron perdiendo vigencia y la posibilidad de nombrar nuevas expresiones en los campos del arte y la literatura, sobre todo cuando las ideologías emancipadoras se erosionaron o debilitaron ante los cambios en la geopolítica mundial y el neoliberalismo económico se consolidaba como un sistema hegemónico, sin contrapeso a nivel mundial, con un creciente incremento de los fundamentalismos y el terrorismo. Así que, ante la pregunta sobre el papel que juegan en estos tiempos, la escritura, la literatura y la filosofía, Lazo Briones aporta algunas respuestas.

Para tal propósito, se ocupa de la obra de J.M. Coetzee, Premio Nobel de Literatura en 2003 y quien, por cuestiones políticas radica en Australia desde

¹ Universidad Iberoamericana Puebla

hace más de quince años. Su narrativa se define por la crudeza con la que aborda la intimidad de personajes que sufren los embates de un sistema imperialista, colonialista y patriarcal, pero alejada de los esencialismos y las pretensiones formativas morales. De acuerdo con Lazo Briones, sus novelas no se asemejan a los panfletos, los manuales de buena conducta, las preceptivas morales ni se asumen como emancipadoras o mesiánicas. Por el contrario, su riqueza radica en empatar el compromiso social con el mundo de la intimidad para descubrir un intersticio sobre el cual emerge la posibilidad de resistencia; un espacio significativo sobre el que conviene volcar la atención para comprender los verdaderos alcances de la narrativa del sudafricano. Al problematizar y complejizar desde la ficción los escenarios del ejercicio abusivo del poder, Coetzee elabora dispositivos textuales apofánticos puesto que, de acuerdo con Pablo Lazo, al tiempo que sus novelas denuncian injusticias también proponen y demandan acciones de resistencia.

En este sentido, el presupuesto base de Lazo Briones es que la obra de Coetzee configura un dispositivo “disparador de la acción de la resistencia” ante una cultura predominantemente racista, bélica y uniforme. Los imaginarios narrativos de Coetzee poseen la potencia disruptiva y creativa para quebrar “una realidad que se quiere única y compacta, violenta y homogénea” (p. 19). Aunque imaginarias, estas narrativas enhebran la reflexión ética y política para desestabilizar o dislocar las “prácticas de poder que se pretenden absolutas, el cinismo de la violencia instrumental de la guerra y su ideología colonialista/imperialista” (p. 19).

Para estimular estas acciones de resistencia, el estilo literario es clave pues refuerza la condición apofántica del discurso al crear escenarios y situaciones imaginarias sobre las que a su vez plantea la reflexión ético-política. Así, la mirada literaria de la realidad social planteada con maestría por Coetzee visibiliza una reflexión crítica que, para Lazo Briones, alcanza hondura filosófica. Desde esta perspectiva, tanto la literatura como la filosofía, más complementarias que distintas, tienen el potencial de generar un discurso distinto que mueve a la acción de resistencia del lector, como estima Lazo Briones que es perceptible en las novelas del escritor sudafricano. En sus propias palabras considera que la “obra de Coetzee es la prueba viva de que la filosofía se puede llevar a cabo con imágenes literarias, y que la literatura tiene mucho de reflexión crítica filosófica sobre las condiciones culturales y políticas de una sociedad” (p. 24). Las novelas de Coetzee por el nivel de reflexión y de crítica “equivale a una filosofía política y a un examen ético de lo que hacemos como cultura” (p. 24). Así, al efecto generado por el entramado de la reflexión ético-política con el estilo literario, Lazo Briones lo describe como un “disparador de la acción social de resistencia”.

Este tipo de resistencia que se ubica en los intersticios del poder es visible, en el espacio diegético, es decir, en el plano ficcional, en los protagonistas que luego de una conversión transforman sus visiones de mundo; en el espacio extratextual, en el mundo “real”, se presenta sólo como posibilidad para los lectores, cuando lo pone en situación de compromiso (p. 82), para decirlo en palabras de Sartre. La posición del resistente en ambos casos entonces es decisiva ya que debe tener la competencia y el nivel de conocimiento suficiente de los códigos del poder como para transcódicarlos en acciones de resistencia efectiva. Esto queda claro en todos los casos a los que se enfrentan los protagonistas y en las conversiones que son analizadas por Lazo Briones. No obstante, tal “situación de compromiso” resulta inquietante cuando es trasladada del plano

diegético, a la experiencia del lector. Sobre este asunto conviene detenerse un poco, pues Coetzee aporta algunas pistas que llaman mucho la atención en el prólogo, cuando habla sobre la censura y, en especial, de sus censores, a fin de cuentas, cuando reflexiona sobre una forma de lectura para el sistema y de una especie concreta de lectores, es decir, de carne y hueso y con nombre y apellido.

En dicho prólogo, cuenta que asilado desde el 2002 en Australia, se sorprendió cuando un colega le recomendó solicitar apoyo económico al Estado del país austral para escribir su próxima novela. En su imaginario social este tipo de estímulos para la creación artística eran impensables. Lo normal para él, en el contexto del *Apartheid* sudafricano, era que se sintieran “afortunados de que el Estado no tomara interés” (p. 5) en ellos, por la sencilla razón de que la “censura estatal era un hecho de vida para los escritores en Sudáfrica” (p. 5). Él no sufrió los efectos directos de la censura porque, como se enteró posteriormente, los lectores del Estado eran colegas universitarios o escritores que recibían un pago por custodiar, como en todo aparato de censura, la moral, la seguridad nacional pero también, de forma inédita, una idea de elevada y legítima de literatura: “ellos de hecho me pronunciaron no culpable de intentar socavar los principios morales y o de subvertir la seguridad del Estado, bajo el estándar de que era un ciudadano de buena fe de la república de las letras” (p. 13).

En otras palabras, sus libros poseían tal calidad literaria que les impedían ser populares; él no era un escritor reconocido ni de grandes ventas, por lo tanto, no representaba peligro alguno. En estas consideraciones de los censores sobre la obra literaria y la literatura, se entrevé la variable inquietante de la resistencia o de los “disparadores de la acción de la resistencia” puesto que, a decir del mismo Coetzee, sus

censores se pensaban como personas que estaban de mi lado. Se veían como ciudadanos de la misma república de letras a la que yo pertenecía [...] se pensaban héroes sin reconocimiento haciendo un trabajo sucio [...], no sólo para salvar al país de ser inundado por suciedad, sino también para proteger la literatura verdadera de los políticos y los filisteos (p. 114).

En cierto modo, sus novelas se salvaron por impopulares y, ser leídas por lectores que, proyectaban los problemas locales a una dimensión universal.

Resulta ingenuo creer que, nunca fue prohibida la publicación o distribución de sus novelas porque mantenían prístina la ciudad letrada sudafricana y conservaban la tradición literaria occidental. Sin duda, como el mismo Coetzee reconoce, otros elementos condicionaron la decisión de los censores. También recibió indulgencias por ser de raza blanca y formar parte de la clase media ilustrada, es decir, por ser parte de la clase de lectores y escritores que son capaces de “traer consigo su propia policía interna psíquica” (p. 15).

Coetzee como esos censores cree en la autonomía de la novela, en la idea del arte por el arte. En otra parte del su libro, Lazo Briones retoma un texto de Coetzee en el que distingue, de forma un tanto radical, entre las novelas que rivalizan con la historia y las novelas que suplantán la historia. En sus palabras comenta que

en épocas de intensa presión ideológica como la presente, cuando el espacio en el que la novela y la historia coexisten, como dos vacas de la misma llanura, cada una en sus propios asuntos [...] sólo existen dos opciones para la novela: complementariedad o rivalidad. No puede haber al mismo tiempo autonomía y complementariedad (Coetzee en Lazo, p. 117).

Resulta perturbador que entre Coetzee y los censores haya tan poca diferencia; conformaron un selecto grupo (por raza, clase social y formación) con el poder necesario para incluir o excluir, según una idea de literatura, diversos textos. Ahora, la tenue diferencia entre Coetzee y sus lectores calificados por el sistema, radica en que el primero no concedió a hacer el trabajo sucio “para salvar al país de ser inundado por suciedad [y] para proteger la literatura verdadera de los políticos y los filisteos” (p. 14). Califico de tenue e inquietante dicha diferencia porque, como advierte en el prólogo, la “mentalidad de la censura parece estar profundamente enraizada en nosotros; son meramente sus blancos los que cambian” (p. 17). Y esto es lo más inquietante: la censura no sólo existe como parte del Estado, la censura es inherente al ser humano. Para terminar, cito estas palabras de Lazo Briones con las que coincido plenamente: “la fuerza de la literatura consiste en abrir una verdad con la brutalidad de un estilo que no deja escapatoria” y sitúa al lector “en una perspectiva de verdad que lo compromete a asumir a cuestionarse una perspectiva moral al respecto” (p. 82).